

EL MONUMENTO ALA DISCORDIA

Por Andrés Aguayo / Madrid

EL VALLE DE LOS CAÍDOS SE CAE A PEDAZOS, 37 AÑOS DESPUÉS DE LA MUERTE DE FRANCISCO FRANCO, Y NADIE SABE QUÉ HACER CON ÉL. EN SU INTERIOR REPOSAN LOS RESTOS DE MILES DE MUERTOS EN LA GUERRA CIVIL, CUYOS FAMILIARES LUCHAN POR RECUPERARLOS. ESTA SITUACIÓN DEMUESTRA QUE LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA NO FUE TAN IDÍLICA COMO QUISIMOS CREER EN AMÉRICA LATINA.



pocos minutos de salir de Madrid en coche, por la autopista a Galicia, se divisa la cruz católica más alta del mundo. Bajo el fuste se oculta la cripta del Valle de los Caídos, cavada a mano durante casi dos décadas por presos y trabajadores libres. Como la nave era más grande que la de la Basílica de San Pedro en el Vaticano, le pusieron una pared algunos metros después de la entrada para empujarse la obra, que fue declarada basílica en 1960 por el papa Juan XXIII. Justo bajo la cruz están enterrados el dictador Francisco Franco y el fundador de Falange Española, José Antonio Primo de Rivera.

“Es increíble que los restos del mayor asesino español de todos los tiempos y del fundador del partido fascista español sigan ahí”, dice el hispanista Ian Gibson acerca del lugar donde vive, desde 1958, una orden de monjes benedictinos que por disposición del Caudillo resguardan sus restos y los de los miles de cadáveres que también están enterrados ahí (entre 34 mil y 60 mil, de los que al menos 12 mil están sin identificar).

Sentado en una cafetería del madrileño barrio de Lavapiés, donde reside desde hace décadas, Gibson —autor de las biografías de José Antonio Primo de Rivera, Federico García Lorca, Salvador Dalí y próximamente de Luis Buñuel— resume la visita que hizo al recinto a mediados de los años noventa para grabar un programa para la televisora inglesa BBC: “Es un sitio horripilante, absolutamente tétrico y frío, lleno de piedra, de ángeles de la muerte y de espadas gigantescas. Ningún ser normal puede estar a gusto ahí. Es un lugar obscuro, que insulta el mensaje cristiano que los monjes que viven ahí dicen profesar y a los miles de muertos que están enterrados en el Valle de los Caídos”.

El emplazamiento que el dictador escogió para erigir su mausoleo está a pocos kilómetros de El Escorial, donde están enterrados casi todos los reyes españoles de las casas Austria y Borbón. La cruz se ve a 32 kilómetros de distancia, “una circunstancia nada casual”, escribe Daniel Sueiro en su obra de referencia *El Valle de*

los Caídos, “al atribuir al nuevo monumento que iba a empezar a construirse la figura retórica de faro y atalaya, que sería visible en los días claros desde Madrid, desde Castilla, desde toda España”.

Franco concibió un monumento “que desafíe al tiempo y al olvido y que constituya lugar de meditación y de reposo en el que las generaciones futuras rindan tributo de admiración a los que les legaron una España mejor”, según el decreto de fundación del Valle de los Caídos, que data de 1940.

Setenta y dos años después de que iniciaran las obras, el lugar se cae a pedazos, está semi cerrado y en un limbo: detener el deterioro en el que se encuentra requiere de una inversión mínima de 13 millones de euros, para una obra que provoca reacciones extremas en España. Mientras que algunos sectores abogan incluso por destruirlo, otros consideran que es una obra arquitectónica imponente, un lugar de culto y un cementerio en el que reposan los restos de Franco y Primo de Rivera, y que por ello hay que preservarlo a toda costa.

Para responder al dilema de qué hacer con el lugar, el ex presidente José Luis Rodríguez Zapatero creó, en mayo de 2011, una Comisión de Expertos para estudiar el futuro del Valle de los Caídos. Entre sus conclusiones, presentadas en febrero pasado, destaca la resignificación del sitio y su transformación en un museo sobre la Memoria Histórica, retirar los restos de Franco y convertirlo en un cementerio civil. Tres de los once integrantes de la Comisión votaron en contra de trasladar los restos del dictador.

El nuevo gobierno del Partido Popular (PP), sin embargo, no parece dispuesto a hacer caso a las recomendaciones de los expertos. “El gobierno tiene tomada una decisión [sobre el futuro del Valle]”, respondió la vicepresidenta, Soraya Saénz de Santamaría, a una pregunta parlamentaria en el senado en febrero pasado. “Que cualquier decisión que se haga se hará con el debido consenso social”. Como ese consenso no existe con los restos de Franco, seguirán ahí. “Si no se interviene, en 50 años se habrá caído”, advierte el integrante de la Comisión de Expertos, Manuel Reyes Mate. Treinta y siete años después de la muerte de Franco, nadie sabe qué hacer con su tumba faraónica.

TRABAJOS FORZADOS

Las obras tenían que demorar un año, pero tardaron 18. El 1 de abril de 1940, justo un año después de terminada la Guerra Civil, empezaron los trabajos en la finca de Cuelgamuros. Ahí se tenía que erigir “el templo grandioso de nuestros muertos, en que por los siglos se ruegue por los que cayeron en el camino de Dios y de la Patria. Lugar perenne de peregrinación en que lo grandioso de la naturaleza ponga un digno marco al campo en el que reposen los héroes y mártires de la Cruzada”, según el decreto de fundación del Valle de los Caídos, que también establecía plazos muy claros para la inauguración de la basílica (el 1 de abril de 1941), mientras que la cruz, de 150 metros de alto, se terminaría en 1946.

Oficialmente sólo se reconocen 14 muertos durante la construcción. Esta cifra, no obstante, obvia a las 50 personas que murieron de silicosis tras cavar el túnel. Además, los relatos de los presos que se han publicado hasta ahora en prensa y en libros, se refieren a frecuentes accidentes, así que el número pudo ser más alto. La obra costó mil millones de pesetas, que ahora equivaldrían a unos 200 millones de euros, y fue realizada por 65 empresas privadas y por presos, bajo la estricta vigilancia de Franco.

Desde un punto de vista técnico entrañó enormes dificultades. Cuelgamuros es un risco de difícil acceso, y tuvieron que construir una carretera de cinco kilómetros y dos puentes para atravesar unos barrancos. Para hacer la nave, Franco ordenó que se cavara un túnel en el granito y después pidió que se pusiera encima una cruz de cemento de más de 200 mil toneladas. No hay que olvidar que se edificó durante la Segunda Guerra Mundial, mientras España se recuperaba de su propio conflicto.

Franco tenía prisa por terminar su mausoleo, porque una ley obligaba al entierro definitivo de los cadáveres a los diez años de su muerte, y en 1946 se cumplía el décimo aniversario del inicio de la Guerra Civil. Cuando las obras llevaban ya un año, llegaron los primeros reos para acelerar la construcción.

“El Estado le alquilaba los presos a las compañías que construían en Cuelgamuros”, dice Nicolás Sánchez Albornoz, que en 1948 fue detenido por pertenecer a una organización estudiantil republicana y condenado a trabajos forzados construyendo el monumento. “Por cada preso que alquilaba, el Estado cobraba 10 pesetas con 50 céntimos diarios de las empresas privadas [50 céntimos irían a parar a los presos una vez cumplieran su pena; en esa época, el jornal para los hombres libres oscilaba entre 13 y 14 pesetas]. No sólo los hacía trabajar, sino que encima hacía negocio”, añade Sánchez Albornoz, a sus 86 años, sentado en la sala de su casa madrileña.

En sentido horario: El 3 de abril de 1940, Francisco Franco, acompañado de su esposa Carmen Polo, ministros y generales, visita Cuelgamuros. • Otra imagen de la visita del dictador. • En esta foto de 1964, unos operarios descargan la maquinaria y los carteles identificativos para construir el funicular que asciende de la explanada a la base de la cruz.



En 1946 la ley fue reformada y se prorrogaron “indefinidamente, los enterramientos temporales de los restos de los caídos en nuestra guerra de liberación” hasta que estuviese listo el monumento, que aún tardaría 13 años en ser inaugurado.

Por cada día en Cuelgamuros, el régimen le quitaba al reo dos días de condena. Los presos fueron divididos en tres destacamentos, que laboraban codo con codo con los obreros de las empresas privadas. El primer grupo horadaba la cripta y vaciaba el montículo con dinamita; el segundo construía la carretera de acceso al valle y la explanada; y el último levantaba el monasterio donde viven los monjes benedictinos. Casi todos los trabajos se hicieron a mano durante la primera década de construcción, hasta que en 1950 llegó una empresa con maquinaria. Los reos se dejaron de usar dos años después. Estar en Cuelgamuros suponía un ambiente más permisivo que el de las severas cárceles franquistas. Algunas familias de los presos, por ejemplo, se trasladaron a vivir ahí.

LA OBSESIÓN DEL CAUDILLO

Una de las dudas que deja el Valle de los Caídos es hasta qué punto fue construido por presos republicanos, obligados a trabajar ahí contra su voluntad. Algunos historiadores cifran en 20 mil el número de reos que participaron en la construcción, aunque el arquitecto Diego Méndez, quien culminó la obra, dice que fueron



Gracias a esta foto de los años 50, Fausto Canales supo que los restos de su padre estaban en el Valle de los Caídos. En la imagen se ve a unos operarios del Valle maniobrando con cajas de madera con restos llegados de toda España. En una de ellas se lee "caja 198, Aldeaseca, caídos-6". En 1936, Valerico Canales fue fusilado con otras seis personas del pueblo de Pajares de Adaja, sospechosos de pertenecer al bando republicano.

“EL VALLE DE LOS CAÍDOS ES UN SITIO HORRIPILANTE, TÉTRICO Y FRÍO, LLENO DE PIEDRA, DE ÁNGELES DE LA MUERTE Y DE ESPADAS GIGANTESCAS. NINGÚN

**SER NORMAL PUEDE ESTAR
A GUSTO AHÍ”, DICE EL
HISPANISTA IAN GIBSON.**

dos mil a lo largo de casi 20 años. Sánchez Albornoz aporta datos sobre su experiencia: “Cuando llegué, había una vacante en la administración del campamento. Como yo era estudiante y sabía escribir, y escribía a máquina, me metieron en la oficina”. Un día vio un informe en el que constató que “habían 113 presos construyendo el monasterio, otro centenar horadando la cripta y el más numeroso, con unos 300, sería el que construía la carretera. Esta es una fotografía del momento, entre marzo y agosto de 1948”, dice Sánchez Albornoz, quien además es miembro de la Real Academia de la Historia. Entre los reos había tanto republicanos como presos comunes; Sánchez Albornoz, por ejemplo, compartió litera con un asesino al que recuerda como “encantador en el trato personal”.

Algunos reos fueron usados para otros proyectos, como construirle un chalet en El Escorial a uno de los arquitectos de la obra, según narra Sueiro en su libro. “Hay que deshacer la idea de que eran grandes campos [de concentración], como [el campo nazi de] Mauthausen; no fue así. Pero si usted suma esa cantidad que le he dado y admite un factor de rotación de presos que venían a sustituir a los liberados... pues pasaron bastantes más de los que admiten ellos”, afirma Sánchez Albornoz.

Este ex preso político estuvo sólo seis meses en Cuelgamuros, porque en el verano de 1948 se fugó con Manuel Lamana, otro prisionero republicano. “El domingo, los guardias no hacían el recuento del mediodía porque venían los familiares de visita y a comer con los reclusos”, dice. “Así que pasamos el de las 9 de la mañana y enseguida nos internamos en el monte, en dirección a El Escorial”. Frente al monasterio los esperaban, en un coche, el antropólogo Paco Benet con dos chicas estadounidenses de 17 años: Bárbara Probst Solomon y Barbara Mailer (hermana del escritor Norman Mailer, quien había comprado el coche para recorrer Europa y, antes de volver a Estados Unidos, se lo había heredado a Barbara). “Nos metieron en el auto y nos cambiamos de ropa por otra más adecuada a la imagen que queríamos dar: la de unos jóvenes despreocupados viajando con dos extranjeras divertidas”, dice Sánchez Albornoz. El grupo llegó a Barcelona, donde esperaron unos días a un guía que los cruzaría a Francia. Nunca apareció y decidieron emprender el viaje solos, pero se perdieron en el monte durante tres

días. La fuga ha sido relatada en una película (*Los años bárbaros*, de Fernando Colomo), en una novela (*Otros hombres*, de Manuel Lamana) y en un reciente libro de Sánchez Albornoz (*Cárceles y exilios*, Ed. Anagrama).

Franco diseñó, en buena medida, los planos para su mausoleo. “Había en él una verdadera, aunque secreta vocación de arquitecto”, escribe Sueiro. El dictador iba a Cuelgamuros cada dos semanas para supervisar la marcha de la construcción y enmendar lo que no le gustaba. Quizá por ello empleó a dos arquitectos y tardó 18 años en acabarla. La escultura de La Piedad que está en la puerta de acceso, por ejemplo, se tuvo que hacer dos veces. La primera versión le pareció “patética” al Caudillo, quien ordenó que el escultor Juan de Ávalos la rehiciera. Para la segunda y definitiva, de Ávalos le presentó los bocetos a Franco para que diera el visto bueno. La Piedad costó 2 millones de pesetas, cuando su presupuesto inicial era de 425 mil.

Al dictador le obsesionaba que la nave fuese “sólo un túnel” y que no representase la “grandeza” de su legado. “Y con un

túnel no se podía hacer nada. Lo que yo le proponía era ampliar aquello cuatro veces más: en lugar de hacerlo de 11 metros por 11, hacerlo de 22 por 22”, explica sobre la ampliación el arquitecto Méndez, en el libro de Sueiro. Pero ni esa ampliación terminó de satisfacer a Franco que, cuando ya estaban revestidas las paredes, exclamó: “A esto le faltan dimensiones. Esto da la sensación de que entramos en un túnel. Aquí hay que profundizar metro y medio en el suelo”. Y así se hizo.

La cruz tardó 18 años en erigirse. Cada uno de sus brazos mide 46 metros de largo y los guías solían explicar que por su interior “pueden cruzarse dos coches”. En la actualidad ya no hay visitas guiadas y el funicular que subía a la cruz no funciona. Imposible no recordar las palabras que pronunció Franco en 1960, el día que lo inauguró: “El Escorial es el monumento de nuestra grandeza pasada y la basílica y anejos del Valle de los Caídos el jalón y base de partida de nuestro futuro”.

“Aunque la suerte a largo plazo está echada y el lugar se va a caer, el problema es que la naturaleza actúa muy lentamente y yo quisiera verlo desaparecer”, dice, resignado, Sánchez Albornoz.

UNA LEY MUY DÉBIL

Hace nueve años, en 2003, Fausto Canales abrió la fosa donde se suponía que estaba enterrado su padre desde 1936 y comprobó que estaba vacía. “Fue la constatación real, pero los primeros rumores de que a mi padre y a las otras seis personas que estaban con él en la fosa común se los habían llevado al Valle de los Caídos me llegaron desde 1959”, dice, apasionado, en una cafetería del centro de Madrid.

La madrugada del 20 de agosto de 1936, Fausto, de dos años, dormía en su casa cuando una banda de falangistas se llevó a su padre, Valerico. El grupo fascista recorrió el pueblo de Pajares de Adaja, en Ávila, y sacó de sus casas a cinco hombres más y a una mujer sospechosos de pertenecer al bando republicano. Los subieron a un camión y, tras alejarse 25 kilómetros, los asesinaron y arrojaron a una fosa en el pueblo de

Aldeaseca. Canales lleva más de 12 años luchando para recuperar los restos de su padre y de un tío suyo, que también está enterrado en el Valle de los Caídos. “He estado dos veces en Cuelgamuros, ambas para mi investigación. Sólo pienso volver una vez más, para llevarme a mi padre”, advierte.

En España hay miles de fosas comunes donde están enterrados muertos de ambos bandos. “Los historiadores estiman que, desde el inicio del conflicto y hasta la postguerra, hubo unos 50 mil civiles muertos en la retaguardia Republicana y unos 150 mil en la Nacional”, dice Francisco Ferrándiz, Antropólogo Social del csic (Consejo Superior de Investigaciones Científicas) y uno de los integrantes de la Comisión de Expertos para el Valle de los Caídos. Ferrándiz explica que “desde el año 2000 se han abierto unas 250 fosas con un número de cuerpos recuperados que se aproxima a los cinco mil [se puede consultar un mapa de las exhumaciones y las fosas que quedan por abrir en la web politicadela memoria.org]”.

El 31 de octubre de 2007, el gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero aprobó una Ley de Memoria Histórica en la que se reconocían a las víctimas de ambos bandos durante la Guerra Civil, pero no establecía ningún mecanismo para la apertura de las fosas comunes. “Fue una ley muy débil, producto de una cobardía del PSOE [Partido Socialista Obrero Español] desde el inicio de la democracia. Ellos tuvieron 12 años en el poder con mayoría absoluta [con Felipe González, entre 1982 y 1996] y no lo hicieron entonces. La ley es débil porque deja la búsqueda de los muertos en manos de asociaciones privadas, y el Estado no asume su responsabilidad”, dice Ian Gibson.

UN CRÁNEO Y UN DEDAL

Cuando las obras del Valle de los Caídos estaban por terminar habían transcurrido 20 años desde el fin de la guerra, y muchos de los familiares de los muertos en el bando Nacional no querían mover a sus muertos del lugar donde estaban.

El ministro de la Presidencia, Ramón Jáuregui (al centro), junto a los dos presidentes de la Comisión de Expertos para el futuro del Valle de los Caídos, Virgilio Zapatero (izquierda) y Pedro González Treviño. El 29 de noviembre de 2011 presentaron el informe de la Comisión.





Miembros de la asociación Memoria Viva, con Fausto Canales al centro, se manifiestan ante la sede del Tribunal Supremo en Madrid.

EL ABAD DEL VALLE DE LOS CAÍDOS REVELÓ: “CON LA FINALIDAD DE NO ALARMAR SOBRE LA CANTIDAD DE MUERTOS QUE VENÍAN AL VALLE, EL CÁLCULO QUE SE HIZO FUE A LA BAJA. EL NÚMERO REAL ESTÁ CERCA DE LAS 60 MIL PERSONAS”

Izquierda: Nicolás Sánchez Albornoz, que en 1948 fue detenido por pertenecer a una organización estudiantil republicana y condenado a trabajos forzados construyendo el Valle de los Caídos. Derecha: El hispanista Ian Gibson, autor de varias biografías sobre personajes españoles destacados.

Para resolver esa situación, el 23 de mayo de 1958, el ministro de Gobernación envió una carta a las autoridades locales en la que ordenaba: “Se hace preciso adoptar las medidas necesarias para dar cumplimiento a una de las finalidades perseguidas por la erección de dicho Monumento [el del Valle de los Caídos]: la de dar en él sepultura a quienes fueron sacrificados por Dios y por España y a cuantos cayeron en nuestra Cruzada, sin distinción del campo en que combatieran, según impone el espíritu cristiano de perdón que inspiró su creación, siempre que unos y otros fueran de nacionalidad española y religión católica”. Era la primera ocasión en que se mencionaba a los caídos de ambos bandos. “En los pueblos [de España] todo el mundo sabe dónde están las fosas, y como muchos de los familiares de los muertos del bando Nacional se opusieron al traslado de sus restos, empezaron a vaciar las fosas del bando Republicano”, dice Ferrándiz.

Once meses después del envío de esa carta, el 23 de abril de 1959, una comitiva oficial llegó a Aldeaseca. “Abrieron la fosa y metieron los restos de las siete personas en una caja [la 198, de Aldeaseca]”, dice Fausto Canales, de 78 años. “Se los llevaron en un camión, donde había 16 cajas más. Supongo que eran restos sacados de otras fosas sin el permiso de las familias”.

Cuando Fausto se jubiló, en 1999, decidió averiguar lo que le había sucedido a su padre. Primero se puso

en contacto con otros familiares de los siete de Pajares de Adaja, y empezó a indagar hasta que encontró a un testigo que les señaló el punto exacto donde estaba la fosa. Avisaron a un juez que habían localizado a sus familiares y que querían exhumarlos.

“Como no contestó llevamos nuestra excavadora, y acompañados de un antropólogo y un arqueólogo, empezamos a cavar”, dice Canales. Descubrieron sólo un cráneo, algunos fragmentos de huesos y dientes, y “hasta un dedal de la señora a la que asesinaron”. Acor-daron no hacer pruebas de ADN, metieron los restos en una urna y los depositaron en un monumento que se erigió en Pajares de Adaja en 2004, en honor a los diez ejecutados del pueblo durante la Guerra Civil.

La Ley de Memoria Histórica, promulgada el 26 de diciembre de 2007, no cambió la situación de Canales y de los restos de su padre y su tío. Aunque el Artículo 16 lidia, específicamente, con el Valle de los Caídos, sólo regula dos cosas: “se registrá estrictamente por las normas aplicables con carácter general a los lugares de culto y a los cementerios públicos”, además de que prohíbe que en el recinto se lleven a cabo “actos de naturaleza política ni exaltadores de la Guerra Civil, de sus protagonistas, o del franquismo”. En España aún quedan fanáticos que cada 20 de noviembre, se enfundan sus camisas azules para marchar al Valle de los Caídos a conmemorar la muerte de Franco y de Primo de Rivera.

“Leímos el borrador de ley y por eso, un día antes de que se promulgase, presentamos una denuncia penal ante el juzgado 5 de la Audiencia Nacional por la desaparición forzada de nuestros familiares”, dice Canales. “Sabíamos que no teníamos ninguna posibilidad de sacar los restos porque no decía nada al respecto, y por eso presentamos esa denuncia en diciembre de 2007. Desde entonces estamos luchando”.

OSARIO MACABRO

La confirmación de que los restos de los siete de Aldeaseca habían ido a parar al Valle de los Caídos llegó por casualidad en 2008. Un periodista que estaba haciendo un reportaje sobre el lugar contactó a Canales. Había encontrado una foto de la agencia de noticias EFE, de 1959, donde se ve a unos operarios del Valle de los Caídos maniobrando con cajas de madera con restos llegados de todo el país. En una de ellas se lee “caja 198, Aldeaseca, caídos -6”. Era la prueba de que su padre estaba ahí. Los monjes registraron que había restos de seis personas, y no de siete, por el cráneo abandonado en la fosa que fue exhumada clandestinamente. Dicha situación se repitió en toda España y a gran escala.

“En el libro de difuntos [del Valle de los Caídos] hay 33 mil 837 cuerpos registrados, de los cuales al menos 12 mil son desconocidos”, dice el antropólogo Ferrándiz. Las autoridades solían identificar con nombre y apellido los restos del bando Nacional, pero en el caso del bando Republicano no ponían los nombres, sólo el lugar de procedencia. Por ello, la cifra podría ser mucho mayor. En una entrevista concedida en 2009, el Abad del Valle de los Caídos, que forma parte de la congregación desde su fundación, reveló: “Con la finalidad de no alarmar excesivamente sobre la cantidad de muertos que venían al Valle, el cálculo que se hizo fue sistemáticamente a la baja. El número real era bastante superior al reflejado oficialmente”.

Cuando le pidieron que diera una cantidad “real”, expresó que “estaba muy cerca de las 60 mil personas”.

Los cuerpos siguieron llegando al Valle de los Caídos durante 25 años. “Nadie puso fin al procedimiento que inició en 1958 y el flujo de cuerpos no paró hasta 1983, cuando Patrimonio Nacional dio instrucciones para que los gobiernos locales dejaran de enviar restos”, dice Ferrándiz.

Mientras Canales investigaba el paradero de sus familiares, acudió al Archivo General de la Administración, en Alcalá de Henares. Pidió la lista de los sepultados de Madrid en el Valle de los Caídos y se encontró con una sorpresa: un hermano de su padre había luchado en el bando Nacional, y en 1968 sus restos fueron llevados a Cuelgamuros. “Nunca supimos qué fue de ese tío”, dice Canales. “Cuando asesinaron a mi padre, él se fue del pueblo a Salamanca, donde tenía la novia. No sabemos si lo movilizaron o lo hizo voluntariamente, pero se incorporó al Ejército Nacional y murió en el frente de Brunete, en enero de 1937”.

El entonces juez Baltasar Garzón —célebre porque procesó al dictador chileno Augusto Pinochet—, titular del Juzgado de Instrucción número 5 de la Audiencia Nacional, respondió a la denuncia de Canales y de los siete de Pajares de Adaja el 16 de octubre de 2008. Garzón se inhibió y sentenció que correspondía al juzgado de San Lorenzo del Escorial, al que pertenece administrativamente Cuelgamuros,

realizar las exhumaciones y presentar los cuerpos de los asesinados en Pajares de Adaja. A finales de ese mes, el juzgado local autorizó la exhumación del columbario 198 de la Capilla del Sepulcro, en el Valle de los Caídos.

Sin embargo, el 7 de noviembre de 2008, la Sala de lo Penal de la Audiencia Nacional —una instancia superior a los juzgados de instrucción— paró la exhumación mientras se aclaraba si la decisión le compete a la Audiencia Nacional o al juzgado de San Lorenzo del Escorial. Desde entonces, el requerimiento de Canales está detenido y a la espera de una resolución. Canales, quien testificó a favor de Garzón en el juicio que se le siguió por investigar los crímenes del Franquismo y que concluyó con su inhabilitación por 12 años, aún espera recuperar los restos de su padre y de su tío. Al contar su historia, Canales habla como rayo. Cuando hace una pausa, suele soltar su muletilla: “Y aquí seguimos, en la lucha”.

COMISIÓN DE EXPERTOS

Un túnel de madera de reciente construcción resguarda la puerta del Valle de los Caídos. No busca cubrir a los visitantes del sol, sino de los fragmentos de piedra que caen continuamente. Tras dejar atrás el detector de metales, una pequeña placa explica parcamente que el lugar “fue construido entre 1940 y 1958 por iniciativa del anterior jefe de Estado”.

Dentro de la nave, algunos incensarios se utilizan para almacenar el agua que cae

Desde la izquierda: Falangistas durante un acto organizado en el Valle de los Caídos, con motivo del aniversario del fusilamiento de José Antonio Primo de Rivera, fundador de Falange Española. • En el interior del monumento, la tumba de Francisco Franco ocupa un lugar central.

de las goteras del techo. Las primeras humedades se detectaron en 1950 y ya en los años 70 eran un problema serio. “El deterioro es imparable. Hay muchos sitios a los que no se puede pasar. Todos los días se sacan de ahí sacos con trozos de piedra”, dice Reyes Mate, investigador del csic e integrante de la Comisión de Expertos sobre el futuro del Valle de los Caídos. “Uno de los días que fuimos se cayó una uña de uno de los leones que están en la base de la cruz, era un pedrusco impresionante”. Mate firma que para evitar el deterioro se necesitan mínimo 13 millones de euros.

A principios de 2010, el gobierno de Rodríguez Zapatero decidió cerrar el monumento al público para restaurar la escultura de La Piedad, por el riesgo que sus desprendimientos representaban para los visitantes. La medida desató las críticas de algunos sectores de la sociedad, dado que durante un año la basílica también permaneció cerrada al culto. El monumento reabrió sus puertas en diciembre de 2010, pero sólo para los fieles. En el acceso de entrada con el coche, un guardia te pregunta a qué vienes: si le dices que a visitar el Valle, responde que está cerrado al público y te hace dar media vuelta; pero si le dices que vas a misa, te tiene que dejar entrar.

La Comisión de Expertos enfrentó problemas desde el primer momento. “Teníamos intención de representar a la Iglesia, pero no quisieron. Habían designado un obispo, pero lo retiraron antes de que se estableciese la Comisión”, recuerda Reyes Mate.

Los monjes benedictinos tampoco recibieron a la Comisión. “Adivinamos que es una comunidad que sigue siendo franquista, que es fiel al espíritu original del monumento, para los caídos de la Cruzada, y que no comparten el espíritu de la memoria histórica”, dice Reyes Mate. Tampoco los dejaron entrar a revisar el estado en el que se encuentran las criptas.

Detrás del altar y de las capillas laterales, un pasillo conduce al ascensor que lleva al monasterio donde viven los monjes y a la escolanía donde están internados unos 40 niños de 9 a 14 años. Ese tétrico pasillo, repleto de humedades, también conduce al complejo laberinto subterráneo de 28 criptas donde descansan hasta 60 mil muertos de la Guerra Civil. Para emitir sus conclusiones sobre el estado de las criptas, los expertos tuvieron que basarse en un informe elaborado por peritos del Ministerio de Justicia en 2010.

“Los restos se llevaban en cajas de pino que, con la humedad, se reventaron y se mezclaron todos los huesos”, dice Ferrándiz, citando el contenido del informe. Además, los monjes movieron restos entre las criptas “que no han sido recogidas [anotadas] en los libros de registro”, según el dictamen de los peritos del Ministerio de Justicia que concluye: “El deterioro de las criptas y de los columbarios, unido al volumen de restos enterrados hace prácticamente imposible como norma general, la identificación individualizada”.

Así que Fausto Canales no podrá recuperar los restos de su padre y de su tío aunque la justicia termine

por darle la razón. Cuando se le pregunta por esta situación, Canales se muestra resignado, pero enfático: “Entonces que salgan de ahí los verdugos, que no estén con las víctimas. La democracia tiene que llegar a ese lugar, porque para los familiares es un sitio desgarrador”.

Los integrantes de la Comisión coincidieron en términos generales sobre el futuro del Valle de los Caídos: debe convertirse en un monumento a la memoria histórica, explicar lo que ocurrió ahí y dignificar el cementerio enterrando a todos en la nave central, y no en 28 niveles de criptas como está ahora, con Franco y Primo de Rivera presidiéndolo.

En lo que no hubo consenso fue en un punto fundamental: ¿qué hacer con los restos de Franco y de Primo de Rivera? Buena parte de la Comisión coincidió en que como Franco no murió durante la Guerra Civil, sus restos deberían salir de ahí. “El objetivo de resignificar el conjunto del Valle de los Caídos (...) sólo será posible si los enterramientos se reservan únicamente, como estaba previsto, para los restos de las víctimas y los muertos de la Guerra Civil”, dice el Informe de la Comisión de Expertos. Tres de los integrantes,

sin embargo, emitieron un voto particular en el que apuntaban: “La exhumación y correspondiente traslado [de Franco] es, al menos hoy, inoportuna y contribuiría a dividir y radicalizar la opinión pública, más allá del consenso parlamentario difícil en sí mismo. Una parte no pequeña de los españoles considerarían que la exhumación supone una descalificación de un largo periodo de la historia de España y a otra parte resultaría muy ingrato el traslado de los restos del general Franco con la dignidad que corresponde a un jefe de Estado”.

VENCEDORES Y VENCIDOS

Con el gobierno del conservador PP, que tiene mayoría absoluta, cambiar algo en el Valle de los Caídos luce complicado. Han pasado 36 años de la muerte de Franco, pero los símbolos que lo recuerdan —como águilas fascistas, la insignia de la falange en algunos edificios o nombres de calles que hacen homenaje a su régimen— siguen estando presentes en España, aunque desde la promulgación de ley de la Memoria Histórica, en 2008, se van retirando poco a poco.

“¿Qué le dirá Ángela Merkel a Mariano Rajoy cuando ve que hay calles con

nombres fascistas en España todavía?”, se pregunta Gibson. “El mayor ejemplo de esto es la sede de la Fundación Príncipe de Asturias, en Oviedo. ¡Está en la calle General [Juan] Yagüe! ¿Te parece normal que le pongan el nombre del asesino de Badajoz, que fusiló a miles y que lo contaba orgulloso?”. El hispanista irlandés, nacionalizado español, escribió una carta al diario *El País* y a la Fundación en 2008, cuando el gobierno de Zapatero hizo un esfuerzo por quitar las estatuas de Franco y todo aquello que hiciese apología del franquismo, pero no le hicieron caso.

Sánchez Albornoz considera que no se puede hablar de las “dos Españas”, como se decía en el franquismo, porque es algo superado, aunque hay “algunas personas que no se han resignado a aceptar un régimen democrático y por desgracia, es un grupo que no es numeroso pero es muy vengingero”. Una de las peculiaridades de España es que no existen partidos de extrema derecha, como en otras partes de Europa. Los votantes de ultra derecha están aglutinados dentro del PP. “A lo mejor dentro del PP no todos son fascistas o franquistas, o añoran al franquismo. Creo que muchos de ellos piensan que se vive mejor en democracia. Pero no se quieren distanciar del franquismo, al contrario, para seguir recibiendo sus votos adoptan políticas recalci- trantes”, explica Sánchez Albornoz.

“La derecha española considera que este país les pertenece, y que todo lo demás es usurpación. Creen en la esencia pura española, que es católica, y todo lo demás es más o menos diabólico y ajeno. Esto lo tienen en el ADN y después de 40 años en el poder, con una transición muy suave en la que no se les exigió nada, ellos siguen creyendo que ellos son los únicos españoles de verdad. Sobre todo ahora, cuando tienen mayoría absoluta, rechazan frontalmente que entren unos rojos, unos perdedores de la guerra, a remover los restos de los que ganaron”, dice Gibson, y agrega que en España todavía hay 130 mil cadáveres de fusilados en las cunetas. “Esta derecha no conoce el vocablo reconciliación. Ellos ganaron la guerra, los rojos la perdieron. Ellos estiman que ya hicieron la reconciliación con la constitución de 1978, en la que no perdieron nada. Es terrible que ellos, habiendo desenterrado a los suyos a lo largo de 40 años, nieguen este mismo derecho a los perdedores”.

